



Staal del.

Imp. F. Chardon, n.º 30, r. Bonaparte, París.

Edmond de

CLEOPATRA

REINA DE EGIPTO.



El año 41 de la Era Cristiana, Marco-Antonio que al repartir el Orbe con Octavio y Lépido se habia reservado para sí el Oriente, hallándose en Tarsis mandó á Cleopatra, por medio de su lugar-teniente Delio, la orden de comparecer en su presencia á dar cuenta de su conducta. Porque, en efecto, la Reina de Egipto habia prestado auxilio á Bruto y á Casio contra Octavio y Antonio, en la guerra civil que acababa entonces de terminarse con la muerte de los dos primeros en Filipos.

Un mes habia que la orden era dada, cuando hallándose el Triunviro administrando justicia en su tribunal, movióse súbito en torno del insólito rumor.

Corrian las gentes, desde las orillas del rio, hablando entre sí con la rapidez y viveza familiares propias de los Orientales; mostrábanse unos á otros el horizonte, y parecian todos preocupados por alguna cosa inaudita.

Preguntó Antonio qué acontecia :

— Venus Astarte, le dijeron, viene para dicha del Asia á visitar á Baco.

Escasa fué la explicacion para Antonio; y sin embargo bastante á excitar tal curiosidad en la muchedumbre, que en breve se le dispersó el auditorio, corriendo unos á sus casas para dar la alarma á sus familias, y los restantes al punto indicado.

Quedóse Antonio solo en su tribunal.

¿Quién alcanzaba á producir la soledad en torno del poderoso Procónsul?

Antonio iba á saberlo.

Al son de armónicos cantos, y envuelta en nubes de perfumes, vogaba una galera, de oro la popa, las velas de púrpura, y de plata los remos. Reclinada en ella y bajo un pabellon del mas espléndido oriental brocado, veíase á una muger magníficamente vestida; aventábanla blandamente con abanicos de pluma de pavon y avestruz, niños medio desnudos, tales como los pintores figuran á los Amores; y cien esclavas ó sirvientas, unas en trage de Neréidas, y como las Gracias ataviadas otras, andaban repartidas del alcázar al aparejo de la nave. Entrambas orillas del rio embalsamadas con el aroma de los pebeteros, veíanse cubiertas por una innumerable muchedumbre caminando en pos de aquella deidad que, de un mundo desconocido, era venida á buscar altares é imponer rendimientos; y caminando así en pos de la diosa, no por precepto de esta, sino por voluntad propia y por ansia de verla y de admirarla.

Aquella muger, aquella deidad, aquella Venus Astarte, era en resumen Cleopatra, Reina de Egipto, que llamada á recibir órdenes de Antonio, venia á dárselas.

Diez años antes habia ya hecho ensayo de su poder en un hombre harto superior á Antonio: en César.

Y ¿cómo la muger que á seducir á Antonio se preparaba, habia antes seducido á César?

Digámoslo; pues de otro modo no fuera completo nuestro retrato de Cleopatra.

Siguiendo los consejos de Teofanes de Lesbos, Pompeyo vencido en Farsalia huyó á Egipto: mas antes de desembarcar en sus playas creyó prudente dar aviso de su llegada al jóven Rey Ptolomeo.

Hallábase aquel á la sazón en Pelusa haciendo la guerra á su hermana

y á su esposa: Cleopatra era á un tiempo su hermana y su esposa.

Quince años apenas tenia entonces Ptolomeo; y diez y ocho Cleopatra, quien en virtud de su derecho de primogenitura quiso apoderarse de la autoridad suprema. Promovieron contra ella una sedicion los confidentes de Ptolomeo, y alejáronla de su esposo: de ahí la guerra.

Sabido es que al pisar la tierra de Egipto fué Pompeyo asesinado.

César, que seguia de muy cerca á su rival, dicese que lloró cuando el Embajador encargado por Ptolomeo de cumplimentar al vencedor, desenvolviendo el manto dejó rodar á sus plantas la cabeza de Pompeyo.

Las lágrimas de César fueron la sentencia del asesino.

— Aquí — dijo el conquistador de las Galias hiriendo con el pié el parage mismo en que la cabeza de su rival acabada de rodar sobre la arena; — aquí levantaré un templo á la Indignacion!

Acto continuo intimó á Ptolomeo y á Cleopatra, cada uno de los cuales tenia su ejército, que los licenciasen ambos, y acudieran á exponer ante él mismo sus respectivos derechos.

Habíase apenas César instalado en Alejandria, á donde era ido para esperar los efectos que de sus órdenes se prometia, cuando le anunciaron que un hombre pedia la gracia de ofrecerle un tapiz tal como nunca podia haberlo visto.

Accedió César: entró el postulante, que era un retórico llamado Apolodoro, con un tapiz al hombro; descargólo en el suelo, soltó la correa que lo sujetaba, y desarrollándose la alfombra por sí sola, salió de ella... una muger! Cleopatra en persona!

Aquella travesura de modista encantó á César.

No era Cleopatra precisamente hermosa, sino que lo vale mas: hechicera. Pequeña de cuerpo, pero admirablemente bien formada, era una muger llena de gracia, de coqueteria, de agudeza. Lo mismo que la lengua egipcia, hablaba la griega y la latina, y las de la Siria y del Asia. La oriental magnificencia de sus hábitos enlazaba á cuantos la veian con cadenas de oro y de diamantes: era en fin la realizacion de la fábula de la Sirena, con la diferencia de tener todo su cuerpo de muger.

! Y qué muger la que debe á la historia el nombre de la *Vibora del Nilo!*

Es de presumir que no hizo penar mucho à César, pues cuando al día siguiente de su singular presentación llegó Ptolomeo, parece, según nos dice Dion Casio, que desde luego, y de ciertas familiaridades que advirtió entre el gran Romano y su hermana, dedujo que tenía el pleito perdido.

Disimuló, no obstante, el muchacho con la astucia de un raposo, no dando muestra de lo que presumía; hasta que cuando menos se pensaba, dijo adios al palacio, echándose á gritar por las calles de Alejandria que era un hombre perdido.

A los clamores de su Rey armóse el pueblo y asedió á César, quien con Cleopatra retiróse al teatro que convirtió en ciudadela.

Aquella guerra hecha por amor de unos lindos ojos, fué en lo antiguo lo que en la edad moderna la llamada de la *Fronde* en Francia.

Gran riesgo corria César en la improvisada ciudadela, de verse con Cleopatra sepultado bajo sus ruinas, faltándole la armada que en parte el enemigo, y en parte él mismo incendiaron; mas sacóle del apuro Mitridates de Pérgamo su lugar-teniente, apareciendo inopinadamente á retaguardia de los sitiadores. El ejército egipcio fué completamente derrotado, y ahogóse Ptolomeo en su fuga.

Entonces casó César á Cleopatra con otro de sus hermanos de solos once años de edad; que no fué darse un marido muy temible. El porqué, concíbese fácilmente; César estaba cada vez mas enamorado de Cleopatra; pero como durante aquellos amores estuvo el mundo á punto de deslizarse de entre las manos, hubo de resignarse á dejar á Egipto y regresar á Roma.

A los ocho meses de la partida de César dió Cleopatra á luz un infante que recibió el nombre de *Cesarion*; y seis meses mas tarde pasó á Roma con su marido, el de los once años, que no le disputaba, como el primero, el ejercicio de la autoridad suprema.

Recibiólos á entrambos César en su palacio, hizolos admitir en el número de los amigos del pueblo romano; y en el templo por él erigido á *Venus victoriosa* en memoria de la batalla de Farsalia, mandó frente á la de la diosa colocar la estatua de Cleopatra, en oro, fundida tambien por su mandato.

Tales honores tributados á una extranjería, y además *Reina*, desagra-

daron altamente al pueblo romano, tan enemigo de los *Reyes*, como lo prueba el hecho de haber sido asesinado César mismo así que el título de Rey tomar quiso.

Revelóse aquel descontento en forma tan amenazadora, que el Dictador se vió en la necesidad de hacer que Cleopatra regresara á Egipto.

Y no volvió mas á verla.

Durante la guerra contra Bruto y Casio, favoreció la Reina, como ya dijimos, á los dos republicanos.

¿Quién pudo inspirar tal simpatía á una muger como Cleopatra, por dos hombres como Casio y Bruto?

Un tercero en discordia.

Reinaba entonces en el Mediterráneo un seductor pirata, ser entre fantástico y pintoresco, que con dos mil bajeles la surcaba, vistiendo una túnica azul como las olas que ondulan de Corinto al Cyrenáico, y diciéndose, para inspirar mayor confianza á sus marinos, hijo de Neptuno.

Era aquel hombre el jóven Sexto Pompeyo.

Vióle Cleopatra en el alcázar de su *Trirrema* (galera) y parecióle bello; él por su parte encontróla encantadora; y ya que no hiciese olvidar á César, sucedióle por lo menos.

Naturalmente Sexto Pompeyo era aliado de Bruto y Casio, partidarios del Gran Pompeyo; y de ahí la simpatía de Cleopatra por los que fueron llamados *los últimos romanos*.

De ahí tambien la órden de Antonio á la hermosa Reina, mandándola comparecer á dar razon de su conducta en la ciudad de Tarsis.

Cómo llegó á ella y qué efecto produjo su llegada ya lo hemos dicho.

Desde su tribunal, donde solo y en pié le dejamos, Antonio tendia su vista sobre el conjunto del espectáculo que hemos descrito, sin discernir en él cosa alguna. Poco á poco fueron los objetos aislándose, y sus ojos se fijaron sobre la galera, centro de todo aquel inmenso movimiento. Mas así que con Cleopatra encontraron, ya no pudo Antonio apartar de ella sus miradas.

Como todos los Bárbaros—y Antonio era una especie de Bárbaro—dejóse cautivar por los ojos.

Antes de que Cleopatra le hablase ya estaba rendido.

Dijéronle á ella quién era Antonio mostrándole su persona; lanzóle una perezosa mirada, y sin mas siguió hablando con Charmione su confidente.

Dió fondo la galera; y de su costado á la orilla, tendióse un puente cubierto con una magnífica alfombra.

Levantóse entonces como á duras penas Cleopatra, y caminando perezosa y muellemente, cual si el andar le fuese insólita y exorbitante fatiga, saltó en tierra apoyada en el brazo de su peinadora.

Apenas desembarcada, llegó un mensajero de Antonio á convidarla á cenar con su dueño; mas rehusó el convite, diciendo que prefería recibirle en el palacio que para ella se habia hecho preparar.

Dicho eso prosiguió su camino sin inquietarse de si Antonio iría ó no iría. Antonio fué y quedó deslumbrado.

Sabia Cleopatra hacer de cuanto la rodeaba un cuadro admirable.

La magnificencia del salon en que recibió al Procónsul parecióle maravillosa aun á aquel hombre que creía haber visto ya todas las magnificencias del Oriente.

Del estrado llevó la Reina á su huésped á la sala del festin.

Allí una mano mágica habia sembrado las luces; por do quiera brotaban sus llamas en cifras misteriosas y en caprichosos dibujos; hubiérase dicho que era aquello la realizacion inesperada de un ensueño de algun oriental poeta.

Hasta el alba estuvo Antonio en el lecho del festin, saboreando desconocidos vinos y manjares cuyos nombres mismos ignoraba, y al separarse de Cleopatra, rogóla que á su vez quisiera ir á cenar con él; y otorgóselo la Reina.

Convocó en torno de sí el Procónsul á cuantos creyó capaces de servirle de consejeros en materias gastronómicas, incluso bufones, cocineros, y adornistas: mas presto reconoció que todo era inútil.

Llegada la noche hubo de confesar y confesó, burlándose de sí mismo, lo grosero y mezquino de su festin; y dándose en fin en todo por vencido, postróse á los piés de Cleopatra para recibir de sus manos vencedoras la cadena del cautiverio.

A su vez Cleopatra en aquella entrevista hízose pronto cargo de quién era Antonio, y descubriendo en él un soldado Moro á groseras agudezas acostumbrado, descendió de su trono de diosa para bajar al nivel mas que prosáico del alma del Triunviro.

Separóse de ella Antonio loco de amor.

Olvidóse de todo: de Roma, de Octavio, de Fulvia, de la guerra de los Partos. Todo lo olvidó por amar y para seguir á Cleopatra hasta Egipto.

Hizo la Reina su entrada en Alejandria con su leon encadenado: tal era su manera de *triumfar*.

Completamente sumiso al poder de la encantadora que, sucediendo á Reyes que apenas hablaban el egipcio, sabia expresarse elegantemente en las lenguas etiópica, troglodita, hebrea, árabe, siríaca, media, griega y latina; rejuvenecido al calor de su jóven amada, que á su vez supo hacerse para su Hércules una Bacante, para su soldado una vivandera, gozó Antonio con ella dias de loca embriaguez, — á que llama Plutarco *la vida inimitable* — cazando, jugando y bebiendo. Por la noche, la Reina y el Procónsul disfrazándose en traje de esclavos, corrian las calles de Alejandria, llamaban á deshora á las puertas de las casas, insultaban á los ciudadanos, aporreaban, eran aporreados, y retirábanse en fin al salir la aurora, cada vez con mas amor, por parte de Antonio cuando menos.

Durante el dia ya vogaban sobre el lago, ya iban á Canope; ora flechaban el arco, ejercicio en que Antonio era muy diestro, ora se entretenian en la pesca, arte para el Triunviro desconocido.

Por eso, impaciente en cierta ocasion, de su torpeza en él, mandó secretamente un buzo que cogiera ó se procurase algunos peces vivos, y que sumergiéndose entre dos aguas, se los clavara oportunamente en el anzuelo. Antonio tuvo entonces el placer de que tres veces se hundiera el corcho de su sedal flotante, y de sacar á la orilla otros tantos magníficos peces.

Felicitóle Cleopatra por el triunfo; pero sin caer por su parte en el anzuelo, dió tambien sus órdenes secretas, en virtud de las cuales, al cuarto hundimiento del corcho de Antonio, sacó este del agua, un *arenque salado*. El buzo de Cleopatra habia sido aquella mas veloz que el de Antonio. Ganas se le pasaron á este de enfadarse seriamente, mas ella con su voz

melodiosa como un cántico, y en el dulce idioma jónico que debió ser el de la Diosa de la Voluptuosidad, dijole :

— Emperador (*imperator* : general), déjanos la caña y el anzuelo á nosotros que reinamos desde el Faro hasta Canope : la pesca para tí propia es la de tomar ciudades, vencer Reyes, y conquistar reinos.

¿ Porqué — ¡ mal pecado ! — porqué era preciso renunciar á tanta dicha ?

Porque habia que firmar en el cabo Miseno la paz con Octavio y Sexto Pompeyo — que hacen la guerra á los Partos — y además, habiendo muerto Fulvia (muger de Antonio) de un acceso de celosa cólera, que casarse con una hermana de Octavio.

Antes de partir, empero, queriendo el Procónsul formar á Cleopatra un reino, que mas tarde se proponia acaso regir con ella, reunió al Egipto toda la cuenca del mar de Siria, es decir, todos los países marítimos y comerciantes del Mediterráneo oriental, la Fenicia, la Celesiria, la isla de Chipre, una gran parte de la Cilicia, el canton de la Judea que produce el bálsamo, y la Arabia de los Nabatienses por donde transitan las carabanas del Africa á la India.

Tan evidente adopcion de los vencidos, tan clara idolatria por una Reina, revelaron contra Antonio á los Romanos, que con supersticioso terror le vieron además sentarse al par de su *Isis* con todos los atributos de *Osiris*.

Porque, en efecto, sobre un estrado de plata hizo erigir Antonio dos tronos de oro, uno para él, y otro para Cleopatra con *Cesarion*, á quien declaró hijo de César; y aun no contento con eso, dió el título de *Reyes de los Reyes* á los dos hijos — Alejandro y Ptolomeo — que en la Reina hubo, dotanto al primero con la Armenia, la Media, y el Reino de los Partos que conquistar se proponia, y al segundo con la Fenicia, la Siria y la Cilicia.

Entrambos fueron por Antonio presentados al pueblo : Alejandro, el mayor, vestido con la túnica médica, y tocado con el gorro puntiagudo, que llamar Cydanis, y que fué siempre la corona de los Reyes medios y armenios; Ptolomeo, el menor, con ancho manto, doradas babuchas, y gorro con diadema, es decir, con el traje de los sucesores de Alejandro.

Desde el mismo dia Cleopatra llevó por su parte el traje de *Isis*.

Motivos bastantes habia en todo eso para que Octavio declarase la guerra á Antonio : pero Octavio, como hombre prudente que era, supo esperar.

Preparábase Antonio á combatir á los Partos, y podia muy bien sucederle lo que á Craso. No le faltó mucho para que así fuese.

Húboselas el Procónsul con un nuevo Rey, de quien algo podia esperarse, pues que habia comenzado asesinando á Phraates, su propio padre, y á veintinueve de sus hermanos : Antonio fué derrotado por él en efecto; pero mas discreto que Craso, en vez de retirarse por lo llano, acogióse á las montañas, salvando así de los cuarenta mil hombres con que entró en campaña, hasta diez y seis mil, segun la historia.

La ocasion era oportuna para romper con él, y Octavio se apresuró á aprovecharla.

Acusó pues á Antonio :

De haber desmembrado el Imperio;

De haber introducido á Cesarion en la familia de César ;

Y de haber hecho llevar á sus soldados — ¡ soldados romanos ! — la cifra de una Reina en los escudos.

Pintóle además siguiendo á pié la litera de Cleopatra confundido entre sus eunucos ; interrumpiendo sus tareas en el tribunal, ante Reyes y Tetrarcas, para leer los amorosos billetes que en planchas de cristal y cornalina le enviaba Cleopatra ; y dejando, en fin, cierto dia con la palabra en la boca á Furnio, un Patricio Romano, que ante él alegaba, para ir á reemplazar á un esclavo de los que llevaban la litera de la Reina.

En consecuencia y obedeciendo á Octavio, destituyó el Senado á Antonio del poder triunviral y declaró la guerra á Cleopatra.

Tal decreto fué simplemente declararse en guerra el Occidente con el Oriente, y jugar el mundo á la vuelta de un dado.

Antonio marchó contra Octavio con doscientos mil infantes, doce mil caballos, y quinientos bajeles, llevando consigo á los Reyes de Cilicia, Capadocia, Paflogonia y Tracia en persona, y cuerpos auxiliares de los ejércitos de los Monarcas del Ponto, de los Arabes, de los Judíos, de los Gálatas, y de los Medos. Un ejército de Getas estaba en marcha para incorporársele.